

LA SEÑORA RODRIGUEZ

Marcos Sebastián Nuñez

El perro de los Rodríguez había quebrado la noche. Un ladrido agudo y constante, a veces sereno, me había hecho pensar en ladrones, aunque rápidamente descarté la idea cuando recordé el bramido furioso que escupe cada vez que paso frente al portón de la vieja casona. La mañana continuó con ruidos, los de mi padre, que hacía estallar el aire después de levantarse para seguir martillando el montón de maderas que había acumulado en el galponcito detrás de la casa. Desde que lo habían despedido de la fábrica, se pasaba todo el tiempo allá en el fondo.

En la vereda vi a la señora Rodríguez. Me pareció que espiaba hacia el interior de la casa pero no le di importancia. La saludé y creí reconocer un gesto de sorpresa en su rostro. Miró primero hacia otro lado, después volvió hacia mí y, displicentemente, casi inaudible, me dijo “Buen día”.

En el centro, el día pasó lento.

Ya había oscurecido cuando volví a estar frente a la puerta de mi casa. Adentro, a pesar de la oscuridad, mi padre se afanaba en mirar hacia la medianera de los Rodríguez en la que, encima de la última fila de ladrillos, asomaban dos tallos verdes. Un rumor de voces llegó desde el otro lado, ante lo cual mi padre respondió con un balbuceo. No le di importancia, así como tampoco el vendaje que tenía en la mano derecha.

En la mañana me despertó el ruido de lo que asemejaba lluvia. Sin embargo, cuando me levanté vi por la ventana que la señora Rodríguez apuntaba con su manguera a los brotes verdes que había descubierto en la víspera y que, por cierto, aparentaban haber doblado su tamaño durante la noche. Al verme, la señora Rodríguez me hizo una seña que tomé por un saludo. La mujer siguió regando los finos tallos verdes; el agua bajaba sobre la pared descascarada y se acumulaba en un charco que parecía no inquietarle. Llevaba puestas unas botas ne-

gras que le llegaban a las rodillas, lo que la hacía lucir más pequeña de lo que era. Hasta entonces, pensé, nunca había mirado tan de cerca a la señora Rodríguez; sabía poco de su vida pero había escuchado que era enfermera del hospital. Muchas veces la vi llegar a su casa vistiendo un ambo verde gastado; tenía un andar apretado, veloz, que daba la sensación de que iba a tropezar a cada paso.

Las mañanas que siguieron volví a encontrar a la señora Rodríguez en nuestro patio; se colaba a una hora imprecisa y regaba la planta hasta formar una laguna bajo sus pies. Para entonces, no podía asegurar quién había invadido la casa, si ella o la planta. Promediando octubre, la enredadera había invadido casi toda la pared, incluso se había engullido el único farol que iluminaba por las noches. Con todo cubierto, empezaron a aparecer las flores azules, pequeñas al principio, más grandes después. La mujer ya no sólo la regaba, sino que también la podaba “para que no se fuera en vicio”, decía. Tenía dos tijeras oxidadas, una pequeña que manejaba hábilmente con la mano izquierda, la otra, más gruesa, para cortar los cabos más duros y que debía manipular con ambas manos. “La cuida como si fuera su hijo”, decía mi padre en voz baja cuando pasaba junto a mí.

La temporada de sol fuerte trajo algunos cambios en la medianera. La señora Rodríguez armó una estructura de maderas y alambres sobre los que tendió una lona. “El sol es un enemigo silencioso”, solía repetir. A veces salía al patio y me sentaba a la sombra para ver cómo la mujer limpiaba la tierra que se acumulaba en las hojas. Una por una, con el cuidado de no deshojar la enredadera, repasaba con una esponja las nervaduras desde el centro hacia el contorno de las hojas, un movimiento monótono que me hipnotizaba.

Lo que más me agradaba de la señora Rodríguez era su silencio. Bajaba y la observaba concentrada en su labor durante horas sin tomarse la molestia de tener que inventar un tema de conversación.

Una noche me senté debajo de la enredadera a fumar. Creí oír un murmullo al otro lado de la medianera, al cual no le di importancia, o sí, sólo que puse esa información en segundo plano, como cuando uno sale a la calle y llueve, sin ir por ahí pensando todo el tiempo que está lloviendo. Apenas me enderecé en la reposera cuando escuché un ruido de llaves y vi aparecer por la puerta el cuerpo grácil de la señora Rodríguez que cargaba una escalera de no más de cuatro o cinco escalones y que apoyó sobre una pared. Después me miró y me preguntó si me gustaba. Le dije que me gustaba



todo lo que podía gustarme una planta. Me respondió que no era una planta cualquiera, que era un injerto de dos plantas de la India. Como quien dice una estupidez, le pregunté si las había traído ella, lo cual afirmó. “Qué más hay, además de plantas raras, en la India”, quise saber. “Río, muchos ríos”, aseveró la mujer.

Me contó que en un viaje había conocido a Bayi, una india malayali, quien le enseñó los rudimentos del cultivo y la inició en el arte del injerto. “Sólo mirándolas se aprende lo que necesitan las plantas”, expresó. Y también me dijo que Bayi era una pintora deliciosa, aunque bien poco pudo aprender de la pintura. “Hacía unos lienzos hermosos -rememoraba-, y cuando digo lienzos no me refiero a lo que pintaba; también era hermosa. Me refiero a que ella misma confeccionaba los lienzos sobre los que trabajaba: una planta de flores azules le proveía las hebras con las que tejía el bastidor. Pintaba lo que soñaba, y todo lo que soñaba eran campos llenos de flores. Bayi pintó flores como estas -dijo antes de despegarse de la reposera para pasar la palma de la mano sobre las hojas de la enredadera.

Algunos brotes azules se desprendieron y cayeron al piso, enseguida los barrió una ráfaga de viento. “Viene agua”, dijo la mujer y se dispuso a reforzar la lona que estaba tendida sobre la medianera. Quizá había venido para eso, para proteger la enredadera. Quizá, previendo la tormenta, había salido a verificar que todo estuviera en condiciones para soportar la lluvia. Quizá ni siquiera existiera Bayi, ni el arte del injerto, ni sus pinturas.

Me dormí entrada la madrugada. Durante la noche, el temporal barrió con todas las flores azules. Hacia diciembre, la enredadera había empezado a entorpecer el paso. Cerca de la puerta que daba a la calle debíamos agacharnos para evitar un largo y endeble tronco. Aún sabiéndolo, mi padre se golpeó cierta noche; el médico dijo que no había sido nada grave pero tuvo que llevar el ojo vendado durante una semana.

La señora Rodríguez seguía viniendo, aunque la frecuencia ya no era la misma. Pasaba días enteros sin verla, incluso semanas. Había tomado la costumbre de barrer las hojas caídas cuando la mujer no hacía su aparición. Lo hice por primera vez una mañana en la que la maleza empezó a adentrarse en la casa: se había formado un colchón de yuyos y ramaje que impedían cerrar la puerta. Todo cupo en cuatro bolsas enormes y, después, ya no fue tanto trabajo.

Pasó navidad, llegó enero y un día la señora Rodríguez volvió. Llevaba un sombrero de ala ancha y una camisa muy blanca que la hacía lucir muy flaca. La noté más débil. Incluso dio por concluida la tarea mucho antes de lo habitual, dejando terregosas las hojas de las ramas más altas. Cuando se fue, pensé que esa sería la última vez que la vería. No sé si esa noche, o alguna de las que siguieron, pensé en la india Bayi y en su dudosa existencia.

Mi padre podó la enredadera cuando amarilló a mediados de mayo. Recuerdo que lo único que comentó fue que la madera era mala, que no servía para nada.